



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La imagen de Europa en el México del siglo XIX

Autor: Galeana, Patricia

Forma sugerida de citar: Galeana, P. (1998). La imagen de Europa en el México del siglo XIX. *Cuadernos Americanos*, 3(69), 98-106.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## La imagen de Europa en el México del siglo XIX

Por Patricia GALEANA

*Directora del Archivo General de la Nación, México*

EN CINCO SIGLOS DE HISTORIA COMPARTIDA Europa y América han vivido momentos de encuentros y desencuentros en la construcción del imaginario colectivo. La recreación de la cultura occidental en América, enriquecida a través del mestizaje, ha traído consigo descubrimientos, invasiones y encubrimientos mutuos. Las fechas conmemorativas propician el revisionismo histórico; el Quinto Centenario del 12 de octubre de 1492, en México y en América Latina en general, hubo diversas interpretaciones sobre este hecho histórico trascendental. Mientras unos recordaron la hazaña náutica colombina, otros destacaron la importancia del encuentro cultural de los dos mundos. Unos más analizaron la invención europea de América y el doctor Leopoldo Zea reflexionó sobre la importancia de acabar con el encubrimiento de las culturas primigenias de estas tierras, que se había dado a raíz del descubrimiento, encuentro, invención, conquista y colonización de estas tierras y de sus habitantes.

A lo largo de estos 500 años, muchas han sido las ideas que de Europa se han dado en América, en particular respecto de la visión eurocentrista, como cuna de la cultura de Occidente a partir de la cultura clásica griega y su concepto de universalidad. Sólo en etapas muy recientes se ha valorado el enriquecimiento que la cultura europea ha recibido de la cultura americana.

Además de la América descubierta e inventada por Europa, tenemos una Europa descubierta e inventada por América.

Gracias a la suprema confianza que les inspiró el descubrimiento de América, los europeos hicieron un mayor esfuerzo por plantearse la cuestión de su identidad, sobre todo cuando la simple curiosidad por los hombres y las costumbres de los demás continentes iba acompañada de comparaciones —no siempre tranquilizadoras— entre nosotros y ellos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> John Hale, *La civilización del Renacimiento en Europa, 1450-1620*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996, p. 47.

Esto no había sucedido en el contacto con Asia o África, ya que el encuentro con este nuevo continente, calificado en 1552 por López de Gómara como “la mayor cosa después de la creación del mundo”<sup>2</sup> era más significativo. En este sentido y de acuerdo con John Hale, “los europeos tuvieron que adaptarse no sólo a un nuevo continente, sino a hombres y mujeres nuevos. Había una enorme extensión de tierras cuya existencia los geógrafos de la antigüedad no habían ni sospechado, llena de sociedades que abarcaban una amplia gama de refinamiento organizativo, desde los aztecas y los incas hasta los caribes y los tupinambas”.<sup>3</sup>

Para América el encuentro significó un cambio radical en todos los órdenes y el tiempo en que nuestras culturas tardaron en superar el trauma de la conquista y el coloniaje varió de acuerdo con las condiciones en las que se llevó a cabo este doloroso proceso, así como su lucha por la independencia. Sólo al superar este trauma, comenzaron a asumir integralmente su pasado histórico.

México, por la dimensión de su territorio, por la alta densidad de su población y el diverso grado de desarrollo que habían alcanzado sus pueblos, presenta una situación compleja en la construcción de su Estado nacional. La conquista y colonización en México siguieron una línea de fidelidad a la Corona española, y tuvieron como ideal el trasplante de la cultura y de las instituciones hispanas al Nuevo Mundo. De allí la animadversión hacia lo hispano, por parte de quienes querían lograr la independencia.

Así, durante la etapa virreinal se veía con desconfianza a los europeos que no eran españoles: los ingleses eran piratas, los portugueses eran judíos y después los franceses eran herejes.

En el México insurgente Europa fue vista como la cuna de las ideas libertarias ilustradas, pero también como el Viejo Mundo, el de los *anciens régimes*, de los imperios y monarquías decadentes. A lo largo del siglo de la construcción nacional, Europa fue vista por las izquierdas como la espada de Damocles que pendía amenazante sobre la cabeza de las nuevas naciones americanas, la de la Santa Alianza, o, en un permanente contrapunto, como la aliada salvadora frente a la amenaza protestante norteamericana ante su propósito de engullirse todo el Continente Americano.

A la luz de la invasión de España por Francia, Morelos ponía en entredicho el clamor de justicia de los hispanos con respecto

<sup>2</sup> López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori 1996, p. 54.

<sup>3</sup> Hale, *La civilización del Renacimiento*, p. 54.

a la agresión francesa, mientras que por la otra pretendían mantener la esclavitud en la Nueva España:

¿Y podrá la Europa, principalmente la España, echar en cara a la América como una rebeldía este sacudimiento generoso que ha hecho para lanzar de su seno a los que al mismo tiempo que decantan y proclaman la justicia de estos principios liberales, intentan sojuzgarla, tornándola a una esclavitud más ominosa que la pasada de tres siglos? ¿Podrán nuestros enemigos ponerse en contradicción consigo mismos y calificar de injustos los mismos principios con que canonizan de santa, justa y necesaria su actual revolución contra el Emperador de los franceses?<sup>4</sup>

En un bando del 2 de noviembre de 1813, Morelos les dice a los europeos que no se cansen en “inventar gobiernitos. La América es libre aunque os pese”, al tiempo que los invita a luchar contra los franceses para alcanzar su propia independencia.<sup>5</sup> Asimismo, en una carta le sugiere a Ignacio López Rayón “que se le quite la máscara a la Independencia, porque ya todos saben la suerte de nuestro Fernando VII”.<sup>6</sup>

Así como los independentistas buscaban terminar con el yugo del imperio, en la Nueva España había grupos que se resistían a perder sus privilegios y pedían oídos sordos a la rebelión encabezada por los “cuatro perturbadores del sosiego público”, como se designaba a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Ignacio Aldama y Mariano Abasolo.

En un manifiesto lanzado por la Real y Pontificia Universidad de México se invita a evitar el enfrentamiento con los españoles, a quienes se considera “hermanos por mil y especialísimos títulos: hermanos porque somos profesores de una misma religión, vasallos de un mismo rey, sujetos a unas mismas leyes y costumbres: y hermanos especialmente porque corre en nuestras venas sangre europea”.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> *Manuscrito Cárdenas, Documentos del Congreso de Chilpancingo, hallados entre los papeles del caudillo José María Morelos, sorprendido por los realistas en la acción de Tlacotepec el 24 de febrero de 1814.* Edición facsimilar y paleográfica, con un estudio histórico y apéndice documental preparada por Ernesto Lemoine, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980, p. 120.

<sup>5</sup> “Breve razonamiento que el Siervo de la Nación hace a sus conciudadanos y a los europeos americanos”, en Archivo General de la Nación, *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia: 1808 1821*, tomo 5, doc. 90.

<sup>6</sup> *Manuscrito Cárdenas.*

<sup>7</sup> “Manifiesto del ilustre claustro de la Real y Pontificia Universidad de México”, 1810, en Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental 1810 1962*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 57.

A continuación se invitaba a mantener indisolubles los vínculos con España:

Debemos vivir íntimamente unidos a ellos, y reconocer a la antigua España por nuestra común madre. A ella debe este reino la fe y la religión; a ella su hermosura y su esplendor; a ella su cultura e ilustración; a ella sus progresos en las ciencias y artes, y los españoles, a quienes se debe el cultivo de este reino hermoso y opulento. ¡Quién pues, o América, te hizo mudar de semblante, sino tus gloriosos conquistadores, y los valientes españoles que a costa de inmensas fatigas te redimieron del abatimiento en el que yacías... Reconoced pues, ¡o indios afortunados! los favores que os dispensa el soberano y vuestra madre la antigua España, para que vivais unidos con sus hijos. Si, vivamos unidos, y despreciemos los impíos proyectos de esos facciosos que nos quieren alucinar.<sup>8</sup>

Mientras, los independentistas veían en el continente europeo la amenaza de donde podía venir la reconquista o nuevas intervenciones extranjeras, sobre todo por parte de España, Francia e Inglaterra. Así, a principios de siglo, fray Servando Teresa de Mier narra sus impresiones en torno a un viaje a España: “Héteme aquí otra vez en el país del despotismo, a meterme yo mismo entre las garras del león, para que devore su presa”.<sup>9</sup>

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX Europa es considerada como el continente donde habría que buscar alianzas para contrarrestar las fuerzas del vecino del norte. Se piensa primero en España. Después se piensa en Francia al concluir la Guerra de Independencia, pensadores y políticos pretenden borrar el pasado colonial y, de acuerdo con Samuel Ramos, voltean los ojos hacia Francia, a la que consideran “el arquetipo de la civilización moderna”.<sup>10</sup> De acuerdo con el filósofo, a pesar de que la potencia de vanguardia en esos años es Inglaterra, los mexicanos escogen a Francia como modelo. Si bien en la insurgencia algunos independentistas se habían refugiado en Londres (fray Servando Teresa de Mier) hubo mayor empatía con la intelectualidad francesa, hay que recordar que “el espíritu revolucionario de Francia ofrece a la juventud avanzada de México los principios necesarios para combatir el pasado colonial. Contra la opresión política, el

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>9</sup> Felipe Teixidor, *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*, México, Porrúa, 1982, p. 15.

<sup>10</sup> Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, UNAM, 1963, p. 57.

liberalismo; contra el Estado monárquico, la república democrática; contra el clericalismo, el jacobinismo y el laicismo".<sup>11</sup>

Ante el dilema de la organización nacional las fuerzas del cambio se pronunciaron por la República y las de la permanencia por el régimen monárquico. Durante la Guerra de Reforma, los dos gobiernos que coexistieron en México de 1858 a 1867, el conservador y el liberal, lucharon por conseguir el reconocimiento internacional. Los Estados Unidos respaldaron al liberal republicano. Los conservadores, por su parte, fueron reconocidos por España. Estos últimos veían, no sin razón, que la única salvación que México tenía frente al colosal imperio norteamericano era estrechar sus vínculos con Europa. Y de los países de ultramar, el que tenía mayores ligas con México era el español.<sup>12</sup> Después de firmar un tratado con España los conservadores continuaron sus negociaciones para lograr la protección europea.

No obstante, como la Francia de Napoleón III fungía como el árbitro de la política internacional de aquellos años, sería ésta y no España la que pretendiera establecer un imperio en México.

El monárquico José Manuel Hidalgo sostenía la idea de que "la nacionalidad de México se perdería si no la salva una intervención europea". Afirmaba que el establecimiento de una monarquía europea serviría para formar un dique que frenaría las miras expansionistas de Estados Unidos, y en sus palabras no ocultaba su admiración desmedida por Francia:

La primera nación que yo desearía ver a la cabeza de la intervención en México, es la Francia —escribía en París en 1859. Su política extranjera me parece real, y no puedo ni quiero ocultar mi simpatía, mi respeto y, permítaseme decirlo, mi admiración a S.M. el emperador Luis Napoleón. La Francia, además de los grandes intereses que tiene que defender en América y de su legítima influencia allá, debe tener por la raza latina que habita en aquel continente, todas las simpatías de raza y religión; y como hija mayor de la Iglesia católica, que es la única verdadera, puede añadir un florón más a su ya radiante corona, favoreciendo a una hija menor de edad, pero no en creencia religiosa.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>12</sup> El gobierno conservador logró el apoyo de España mediante el tratado Montemonte, a través del cual México se comprometía a indemnizar a la antigua metrópoli por todos los daños que las guerras intestinas en el país habían causado a los intereses españoles.

<sup>13</sup> José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*. Recopilación, prólogo y notas de Sofía Vereda de Bernal, México, Porrúa, 1960, p. 18.

Una comunicación reservada de José Ramón Pacheco, ministro de Relaciones Exteriores, le planteaba al titular del mismo ramo de Francia que sólo esa nación europea podría contrarrestar el apetito expansionista estadounidense:

El infraescrito y todo el mundo sabe que es tan grande el poder de Francia y tal es el nombre de su augusto soberano, que donde cae su voluntad, allá estará fijado por muchos siglos el destino del mundo y que bastaría para la seguridad de México y para la paz general que su gobierno declarara que no consentiría que Estados Unidos anexase, como ellos dicen, nuevos territorios, sin que esta enunciación importe flotas, ni cañones, porque basta la fuerza moral de que se tiene poder para mandarlos para que ni se intente hacer la prueba.<sup>14</sup>

En términos parecidos se pronunciaba el ministro de Relaciones Manuel Díez de Bonilla, en una carta confidencial y secreta al vizconde Alexis de Gabriac, embajador de Francia. “El emperador Napoleón, con una grandeza igual a la de su nombre y una magnanimidad que para siempre honrará su carácter, ha inaugurado de la manera más inequívoca una nueva política de justicia y de gloria para la humanidad y la civilización”. Luego de estos adjetivos desmedidos, le invitaba a “tomar medidas para contener el torrente del norte de América que se desborda” y ver la conveniencia de “establecer una alianza o un acuerdo mutuo más íntimo y estrecho... para contrarrestar y hacer frente a planes que tanto importa a ambas naciones frustrar”.<sup>15</sup>

En su *Breve historia de México*, José Vasconcelos destaca cómo la mayor parte de nuestras fiestas patrias se refiere a la muerte de españoles en la Independencia, la de franceses en la Intervención. En cambio, nunca se mencionan los pocos hechos de armas en que la sangre hispanoindígena, la mexicana, se ha derramado en contra del anglosajonismo desbordante.<sup>16</sup>

Durante la Intervención Francesa, la pasión desmedida por lo europeo llevó a que escribiera Tirso Rafael Córdoba en 1868 que los franceses establecieron en México la paz y la justicia.

Luego del fracaso del Segundo Imperio, la prensa manifestaba su desencanto ante la política seguida por Napoleón en México.

<sup>14</sup> “Comunicación reservadísima de José Ramón Pacheco, embajador de México, al ministro de Relaciones Exteriores de Francia”, en García Cantú, *El pensamiento*, p. 376.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 386.

<sup>16</sup> José Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, Botas, 1950, pp. 358-359, citado por García Cantú, *El pensamiento*, p. 10.



“Cuando Napoleón inauguró su expedición a México con objeto de conquistar ese país y establecer en él un imperio, declaró solemnemente que era con el fin de injertar de nuevo la raza latina en el Continente Americano —se publica en un artículo de *La voz de México*— México se ha colocado en peor condición de lo que estuvo antes de la invasión francesa”.

Posteriormente los sucesos de la Comuna de París produjeron diversas reacciones, mientras los conservadores la reprobaban. Así, en las páginas de *La voz de México*, Miguel Martínez reconoce que “las viejas teorías de la Revolución Francesa produjeron la reforma mexicana”, pero advierte que “las nuevas teorías de la demagogia socialista producirán una reforma social bien desastrosa, con *programas satánicos* de la Internacional y de la Comuna, se produciría la reforma radical de la sociedad, independiendo (*sic*) al hombre de Dios, la moral de la religión, la propiedad de la moral, la ley humana de la divina”.<sup>17</sup>

Sin embargo, los liberales como Ignacio Manuel Altamirano la calificaban como “venganza del destino”, que les hacía pagar su aventura imperial. “En Francia se nos hace hoy plena justicia —escribe Altamirano en la revista *El Librepensador*—. ¡Habría de llegar el tiempo en que allí, donde se nos llamó bárbaros, bandidos por los lacayos de Napoleón III, tan sólo porque defendíamos nuestras libertades, se nos proclamara por fin, a la faz del mundo y por el pueblo francés, los buenos hijos, los patriotas defensores de un país orgulloso”.<sup>18</sup>

Mientras subsistieron las antiguas estructuras económicas y sociales básicamente coloniales, la cultura nacional giró en torno de la religión católica, esencia de la herencia hispánica; la educación y buena parte de la cultura estuvieron bajo la influencia y control de la institución eclesiástica. Posteriormente, la inestabilidad política y la crisis económica fueron un obstáculo para el desarrollo cultural; las continuas guerras crearon un ambiente poco propicio para la actividad artística del país.

La institución de origen colonial, centro de la actividad artística del país, era la Academia de San Carlos. Fundada en tiempos de Carlos III, había subsistido en el México independiente en forma

<sup>17</sup> Miguel Martínez, “¡Atended!”, *La Voz de México*, 16 de agosto de 1871, citado por García Cantú, *El pensamiento*, p. 707.

<sup>18</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “De la defensa de París”, citado por García Cantú, *El pensamiento*, p. 683.

precaria. Maestros extranjeros formaron en ella una escuela clasicista y romántica en la segunda mitad del siglo XIX.

Resulta interesante observar que la Academia de San Carlos contó con mayor apoyo por parte de los gobiernos conservadores que de los liberales.<sup>19</sup>

Por su parte el gobierno liberal destituyó a varios de sus profesores, en su mayoría europeos, por considerar que sus ideas eran contrarias a la política del gobierno.

En el ámbito cultural los momentos de mayor influencia se dieron en la propia intervención francesa y en el Segundo Imperio. En el gobierno porfirista, el gusto por la cultura francesa llegó a niveles extremos. Como bien escribe Samuel Ramos,

la máxima ascensión de este influjo espiritual (de Francia) se registra durante la era porfiriana, en que las clases cultas vestían a la moda de París, seguían sus buenas y malas costumbres; los "científicos" y los ricos que no lo eran, al construir sus casas ponían en el remate una mansarda, aunque en México nunca caiga nieve. El conocimiento de la lengua francesa era condición *sine qua non* para ser clasificado como persona culta. La saturación de la atmósfera mexicana de ideas francesas, hasta impedir la visión de las realidades vernáculas, provoca una fuerte reacción en la que se expresa la inconformidad mexicana por el predominio de la cultura europea.<sup>20</sup>

Hacia el nuevo milenio y ante el proceso de globalización, es preciso replantear las relaciones entre Europa y América. Como sostiene Mariano Picón-Salas,

quizás Europa y América, sentidas como mitos o como símbolos, encierran un doble anhelo del hombre, cuya integración y síntesis constituye un ideal histórico. Mientras que Europa es para nosotros el mundo de la cultura, de todas aquellas cosas imponderables y exquisitas que nos dan los libros franceses o las ruinas griegas y las pinturas italianas, el paisaje histórico que poblamos de sueños, Europa mira en América la Naturaleza y el espacio de un mundo joven.<sup>21</sup>

La recreación y enriquecimiento de la cultura occidental con el mestizaje americano.

<sup>19</sup> Los primeros crearon un patronato que disolvió Juárez en 1861.

<sup>20</sup> Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, p. 66.

<sup>21</sup> Mariano Picón-Salas, *Europa-América. Preguntas a la esfinge de la cultura*, México, Cuadernos Americanos, 1967 (Colección *Cuadernos Americanos*, núm. 13), p. 27.

Negar a Europa a estas alturas del siglo equivaldría a negar una parte fundamental de nuestro pasado, máxime que tanto necesitamos nosotros de ella como ella de América. Como bien ha señalado el filósofo Leopoldo Zea, nosotros, los americanos que asumimos nuestra historia, somos poseedores de la riqueza de la cultura europea y de la americana. La grandeza de la cultura de Occidente está en su universalidad:

Una cultura es verdaderamente grande cuando, remontándose sobre las imágenes particulares, llega como los griegos, los franceses, los italianos del Renacimiento, la edad de oro de la filosofía alemana, a descubrir las normas universales. La crisis espiritual que desgarró a algunas naciones europeas se debe a que en la turbación y nerviosidad de estos últimos años de prueba económica e inquietud política, se han encerrado en un ciego nacionalismo, en una mística del odio, que podría hacer saltar en pedazos, para que comience una nueva y oscura Edad Media, el edificio magnífico de la civilización occidental.<sup>22</sup>

Como bien diría el historiador Edmundo O'Gorman: "Así como el proceso inventivo del ser corporal de América puso en crisis el arcaico concepto insular del mundo geográfico, así, también, el proceso de realización del ser espiritual de América puso en crisis el viejo concepto del mundo histórico como privativo del devenir europeo... Más que insistir en un viejo y en un nuevo mundos debe decirse que surgió una nueva entidad que puede llamarse Euro-América".<sup>23</sup>

<sup>22</sup> *Ibid.* p. 25.

<sup>23</sup> Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, México, FCE/SEP, 1984, pp. 158-159.